

VÍCTOR BRANGIER

Las semillas de Colliguay

Santiago, Editorial Pendragón, 2023, 278 pp. ISBN 978-956-09777-2-4

Para el historiador, las fuentes o las “huellas” son parte fundamental de su trabajo. En ellas encuentra los vestigios mediante los cuales procura reconstruir, comprender y narrar los acontecimientos del pasado. Dicho trabajo, sin embargo, está condicionado por una serie de variables que escapan a las posibilidades del historiador. Dentro de estas, la continuidad/discontinuidad de las fuentes es una de las que se repiten, dado que, en diversas ocasiones es difícil, o derechamente imposible, obtener ciertos documentos (destrucción, pérdida, negativa de entregar la información, entre otros). De aquí surge la interrogante central de la obra que se comenta: ¿qué hacer con los vacíos que dejan las fuentes? Para responder, el autor, se atreve a abordar la problemática presentando una alternativa que se desliza entre fronteras, donde los límites entre diferentes disciplinas académicas dejan de ser claros. De esta manera, en las *Semillas de Colliguay* encontramos un texto que no tiene aspiraciones historiográficas, ni tampoco busca esclarecer “la verdad” ni establecer los criterios para procurar rellenar los espacios que dejan las “huellas” sobre el pasado. Para el autor, el texto *in comento*, es la apertura de una crónica eventual, una historia presunta, que nace a partir de los expedientes que tiene a su disposición y son presentados al lector.

En términos formales, el texto se construye a través de un relato que, en apariencias, se acerca más a la novela que a la historiografía, al menos en los términos que habitualmente conocemos. Está dividido en 10 capítulos más un proemio. En cada uno de los cuales se encuentran fotografías, esquemas, notas al pie y fuentes que sirven de ayuda al lector para posicionarse contextualmente en el relato, así como para otorgarle veracidad al mismo.

El libro comienza con el proemio, que sirve como introducción, donde se plantea la cuestión central que inspira la construcción del texto: “¿qué hacer con los vacíos en los documentos históricos?”. Para responder, el autor sitúa la atención sobre la “inferencia lógica”, la que califica como una “herramienta fundamental”, como “una sustancia” predominante en el trabajo del historiador. Por ello, menciona la “imaginación” como parte del trabajo histórico, en tanto “reordena” las huellas del pasado, siendo las que “otorgan sentido a los vestigios”¹, lo que acerca la historia a la literatura. Basado en las enseñanzas aprendidas de Bloch por Ginzburg, Brangier “se sincera” y “ofrece estas opciones presuntas” sobre los silencios, los vacíos que dejan las fuentes judiciales.

El primer capítulo, “El alferez”, comienza relatando una posible escena tradicional del mundo rural chileno de fines del siglo XVIII, dando a conocer a algunos de los personajes/sujetos que son parte de la trama. Es en este capítulo donde se presenta el problema principal que guiará la obra: la venta de tierras a Mateo Díaz. Dentro de ello, con la sabiduría que caracteriza al autor, se muestran elementos y costumbres propias de la cultura del campo, así como de las culturas jurídicas de la época.

El siguiente capítulo, “La Deuda”, históricamente nos contextualiza, por medio de referencias indirectas, en la compleja coyuntura de la independencia. Nos adentra en la trama,

¹ Víctor Brangier, *Las semillas de Colliguay*, Santiago, Editorial Pendragón, 2023, p. 9.

al comentar sobre el no pago de la deuda contraída. Sin dejar de mostrar su conocimiento del momento histórico, el autor nos destaca las prácticas ligadas a la cultura judicial. El tercer capítulo, 7 años después del anterior, se titula “La Carta”, la que, en medio de las tensiones del proceso de independencia, envía Rafael Muñoz cobrando la deuda.

La obra continúa con “La Chingana”, posiblemente uno de los más intensos, puesto que nos sitúa en un momento sensible, al trazar líneas que impactan y hacen eco rápidamente en la sensibilidad humana, lo que se produce, a su vez, por la inferencia lógica. Con un cuidado y una destreza admirable, Brangier es capaz de hablar sobre la explotación de niñas, asesinatos y la violencia cotidiana que forman parte de la vida al margen de la ciudad, en las chinganas. Por otra parte, este capítulo demuestra la habilidad narrativa del autor, al lograr posicionar este lugar como eje de la narración. Por ello, se piensa a la chingana como una protagonista de esta historia.

Luego, el quinto capítulo, “Nicolasa”, nos sumerge en la travesía que hará la mujer del inquilino residente en las tierras que son disputadas por la deuda impaga para intentar solucionar el problema que aqueja a su patrón. En la medida que la lectura avanza, la tensión va aumentando hasta llegar al encuentro de la mujer con Rafael Muñoz. Sin embargo, no cuenta detalles de la conversación, dejando el relato en suspenso. Punto importante que vale mencionar es la reflexión que Brangier hace por medio de la voz de Nicolasa, a saber: para el patrón perder su tierra era importante, pero para ella y su familia, significaba una cuestión de supervivencia.

La llegada del capítulo VI, “El rumor”, posee la particularidad de situarnos en un contexto diferente, con personajes distintos, que evidencia la habilidad narrativa y creativa de Brangier. En este capítulo abre el horizonte y, sin mencionar directamente a los protagonistas, en diferentes momentos nos irá brindando la información necesaria para poder articular los vacíos que la propia trama va dejando. Por medio de una pareja de amantes, dañados por el terremoto, se da a conocer el posible casamiento entre dos de los protagonistas. Con esto nos inserta directamente hacia el tramo final de la historia.

El capítulo VII, “La sangre verde”, relata -como en cada capítulo- historias cotidianas que rebelan las tensiones propias de la vida. Sin embargo, se centra en el encuentro entre Laura y su madre. Nos esclarece las formas en que la niña llega al punto en que se encuentra en la narración, así como sus amistades. Resalta el punto del segundo plan de Laura y Carmencita sobre administrar la chingana.

El capítulo VIII, “El agrimensor”, describe el viaje de un especialista sobre la medición de la tierra y su ayudante, el que tiene que evaluar la tierra confiscada por la deuda. Aquí detalla cómo ocurrió la propuesta del matrimonio mencionado en el rumor. Este, nos muestra una parte interesante de la materia, en tanto cuenta como una serie de hechos que no tenía nada que ver con él llega a sus manos. En las conversaciones del agrimensor con su ayudante se aclara la historia y nos va adelantando a posibles desenlaces. A su vez, sirve para mostrar el mundo ilustrado, la academia y de las ideas posterior a la independencia.

Capítulo IX comienza contándonos de la huida de Carmencita. Para Laura, dicha acción es algo extraño, no se explica e intenta buscar alguna alternativa que le ayude a comprender el acontecimiento. El momento de mayor tensión ocurre con la visita de Madariaga (un amigo del patrón embargado) a Laura, con intenciones que el lector debe dilucidar. De aquí también importa que se conocen las motivaciones de Carmencita para dejar el lugar en la chingana.

El último capítulo, que da nombre al libro “Las semillas de Colliguay” puntualiza el intento de encuentro del padre la Laura con Muñoz. Sin embargo, encuentra a Carmencita, describiendo los sentimientos y percepciones de esta hacia la muchacha. Con una virtud increíble, Brangier nos lleva a la intimidad de Carmencita que, al contarle a Pedro Román, nos adentra en sus motivaciones, el deseo y la diversidad de sentimientos que hizo posible su actuar. El padre de Laura también deja ver sus acciones que, luego, intentará cumplir. Sin embargo, en un momento de máxima tensión, por medio de la voz de Carmencita, Brangier nos explica el detallado plan de esta sobre Muñoz, dejando en evidencia el origen del nombre del libro.

La obra *in comento* es, sin duda, una apuesta interesante, escrita con una pulcritud que merece la pena destacar. Dentro de las diferentes cualidades que goza, vale destacar algunas. Primero, escribir de una manera “más” narrativa amplía el espectro de alternativas sobre la forma de contar la(s) historia(s), lo que potencia su alcance y, en este sentido, permitiría llegar a un público más amplio. Segundo, en línea con lo anterior, elegir representar el pasado desde una posibilidad, de una historia presunta, permite pensar en otras formas tanto de afrontar la escritura de la historia.

Además, en términos históricos, el libro posiciona su relato sobre lo que podríamos denominar grupos sociales intermedios, escapando a la dicotomía patrón-inquilino que habitualmente conocemos. Se evidencia, dado que hace referencia a fuentes, que no todo dueño de tierra representaba a la más alta esfera de la sociedad ni que todo inquilino era el último del escalafón. En esta historia, se demuestran las relaciones heterogéneas entre ambos, el protagonismo de la familia, así como da voz a los niños. Esta gama amplia de sujetos potencia una comprensión más compleja de la realidad que desafía a las futuras investigaciones.

Por otra parte, a modo de propuesta para futuras incursiones, tanto para el autor como para aquellos que tomen como inspiración este texto, sería interesante realizar este ejercicio con un tipo de narrador diferente, donde los personajes tengan mayor protagonismo. En términos de análisis literario, pasar de un narrador omnisciente a un narrador protagonista.

Además, una cuestión fundamental que emerge de la lectura de esta obra es sobre las dicotomías historia-novela y realidad-fantasia/imaginación. De aquí la pregunta: ¿en qué dirección apuntan los esfuerzos de acercamiento del autor?, ¿desde la novela hacia la historia o, por el contrario, desde la historia hacia la novela? Del mismo modo, ¿es una aproximación de la realidad hacia la ficción o viceversa? La respuesta varía entre los lectores, lo que enriquece el debate. Tentativamente, me parece que el autor, desde la honestidad que propone, logra una simbiosis entre la fantasía y la realidad histórica, entre novela e historiografía. Es capaz de transitar desde una hacia la otra de manera dinámica y heterogénea. Por ello, la importancia de las señales de veracidad como las notas al pie de páginas explicativas, las imágenes con las fuentes y el conocimiento del contexto histórico, que se evidencia en momentos tales como la descripción de las condiciones de vida en la chingana (aquello podría/debería citarse como nota al pie, para reconocer desde donde se sustenta la “inferencia lógica” del autor). Para el segundo caso, basado en lo ya expuesto, se va desde la fantasía a la realidad, al poder articular personajes diferentes en sus formas de sentir, quizás, de alguna forma, “llenando lo desconocido con lo conocido”, como en el caso de la circulación de rumores durante la obra.

Para finalizar, tal como decía Jablonka, “la literatura no es necesariamente el reino de la ficción”, sino que “adapta y a veces anticipa los modos de investigación de las ciencias

sociales”². En este sentido, parafraseando al mismo autor, brinda una alternativa para darle un atractivo a la disciplina historiográfica que pareciera que cae en el desamor en librerías y universidades. En este sentido, quizás sea una apuesta como esta, la que nos lleve hacia una nueva forma de explicar “lo real”.

RAFAEL ARRIAZA PEÑA
Universidad de Chile

² Ivan Jablonka, *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2016, p. 12.

* Doctor (c) en Historia, Universidad de Chile. Becario ANID, programa doctorado nacional, folio: 21220306. Magister en Historia, Universidad de Chile. Profesor de Historia y geografía, Universidad Católica Silva Henríquez. Santiago, Chile. ORCID ID: <https://orcid.org/0000-0002-9160-6766>. Correo: rafael.arriaza@ug.uchile.cl